

## ORACIÓN DEL ESTUDIANTE

Tercer día de quinario al Santísimo Cristo de la Buena Muerte

“Te llamé al sentir que me caía, y Tú, con mucho amor me sostuviste. En medio de mi Angustia, Tú me diste consuelo”.

Santísimo Cristo de la Buena Muerte, qué bueno venir a hablar contigo, estaba nerviosa antes de llegar a tu encuentro, pero los nervios y la angustia que tenía antes de verte ya no los tengo, porque cuando te contemplo puedo respirar aire fresco y disipar todas mis inquietudes.

Quería contarte algo que he venido aprendiendo en los últimos meses y por lo que solo puedo sentir agradecimiento. No ha sido un mero aprendizaje personal mío, sino que viene de todo aquello que has estado disponiendo en mi día a día. Esta oración no es mía, sino tuya y de todas las personas que están en mi vida. En primer lugar, vengo a darte las gracias por la familia tan bonita que me has otorgado, por los amigos que has ido poniendo en mi camino y por haberme hecho un hueco en esta hermandad, pues es gracias a todos ellos que hoy me siento más cerca de Ti. Ellos son como los amigos del paralítico, que, al no poder acercarlo a Ti, Señor, quitaron parte del techo para conseguirlo. Al fin y al cabo, el amor es así: son las personas que más nos aman las que nos acercan a Dios.

En mis conversaciones con ellos y en mi rutina como estudiante de medicina, me he ido dando cuenta de que existe una relación entre nuestra fe y los estudios. Los cristianos somos los estudiantes y Tú eres el Maestro. Estamos llamados a aprender todo lo que viniste a enseñarnos. La capilla de la Universidad es el aula donde impartes tus clases y es allí donde nosotros vamos a verte con el corazón abierto. Ahora bien, ¿qué tipo de estudiantes somos? ¿qué tipo de estudiante soy, Señor?

Como en cada clase, existen diferentes modelos de alumnos con los que me he podido ir identificando a lo largo de mi vida en la fe. Fui una estudiante ausente, que durante mucho tiempo dejé de venir a verte y anduve como un alumno perdido sin saber qué se estaba enseñando en clase. Tú, que sabías que por pereza no venía, no quisiste que me quedase atrás y durante mucho tiempo me insististe, hasta que dejé de ser tan holgazana y para mi sorpresa, cuando llegué, me recibiste con los brazos abiertos. Y será cierto entonces eso que dice San Pío de Pietrelcina: “Si Jesús no te abandonó cuando huías de Él, menos te abandonará ahora que pretendes amarlo”. Solo puedo decir que, aunque no me crea merecedora de tu amor, sentirme querida por ti es lo más preciado que tengo.

Después de esa etapa de desencuentro contigo, me pasó como a los alumnos que, aunque asisten a las clases, nunca atienden, pues venía y venía, pero no era capaz de estar presente y con los oídos abiertos. Me acercaba primero a la Virgen, le pedía por mis seres queridos y por mis exámenes y después me acercaba a hablar contigo con la cabeza agachada, porque mi ignorancia hacía que la mayoría de nuestros encuentros fuesen vacíos. Cuánto lo siento y lo sentiré toda la vida, porque te negué una y otra vez;

cuestionaba a San Pedro por negarte tres veces cuando me he pasado una vida negándote día tras día, pero Señor, cuando volvía a verte a la capilla, ahí estabas de nuevo con ganas de verme, porque a pesar de todas las veces que te rechacé, Tú nunca me negaste a mí.

Santísimo Cristo de la Buena Muerte, la Jornada Mundial de la Juventud me hizo despertar. Dejé de ser una alumna que no atendía o que incluso se quedaba dormida en tus clases y comencé a abrir verdaderamente los ojos. Y a verte. Las palabras del Papa, las confesiones, las conversaciones con mis amigos del Grupo Joven me ayudaron a ir enfocando la vista. Empecé a mirar a mi alrededor y había miles y miles de personas. Y fue ahí cuando te sentí. Estábamos en ese lugar por la misma razón: por todos y cada uno de nosotros diste la vida. Son nuestros pecados los que te llevaron a morir en la Cruz. Fue entonces cuando lo entendí: nos amaste hasta el extremo, porque *nadie ama más que el que da la vida*.

Y ahora vengo a confesarte algo, pues, aunque siempre he renegado de los estudiantes que no pasan los apuntes, me da miedo reconocer que quizás soy uno de ellos. Ahora que te conozco más, ahora que siento la suerte de ser tu hija, ¿por qué no te estoy dando a conocer? ¿por qué no estoy amando al prójimo? ¿por qué estoy quieta? Igual me sucede con los estudios, cada día me estoy formando más, pero estoy estancada. Debería hacer como María Santísima de la Angustia, quien jamás dudó de su misión, Ella se levantó y partió sin demora. Por eso te pido ayuda aquí. No permitas que me quede donde estoy, ayúdame a levantarme, acompáñame en mi formación como sanitaria y sostén mi mano durante el camino. No me prepares solo para curar, sino para poder acompañar a las personas durante sus sufrimientos y poder ser luz en los momentos más oscuros. Yo les daré una mano y Señor, dales tú la otra. Líbrales del sentimiento de angustia, llénalos de esperanza porque Tú no viniste al mundo a curar el sufrimiento ni las enfermedades, sino a compartirlo con nosotros y a darle un sentido. Y si, llegado el momento eliges que vayamos contigo al Reino de los Cielos, permítenos que podamos estar junto a ti y seamos bien acogidos en los brazos de la Virgen.

Para terminar, quiero pedirte, aprovechando que cumplimos 100 años desde la fundación de nuestra Hermandad, que prevalezcan tus enseñanzas en nuestra idiosincrasia y que llevemos a todas partes tu mensaje: el Amor, por encima de todas las cosas, porque el Amor arrasa con todos los males y las enfermedades; y la Resurrección, pues para los cristianos la vida no acaba con la muerte, porque la Buena Muerte no es el final, sino donde se empieza a vivir.

Que así sea.

Elisa Romero Blanco